

*BALANCE DE LA FORMACION E INVESTIGACION EN
ANTROPOLOGIA EN LA UNIVERSIDAD CATOLICA **

Aunque la Especialidad de Antropología no cumple todavía 20 años en la Facultad de Ciencias Sociales, porque la primera promoción de estudiantes no comenzó sus cursos hasta 1967, quiere asociarse a esta celebración y balance de las especialidades hermanas. Y me ha tocado a mí, en mi condición de profesor de Antropología más antiguo de la Facultad, hacer este balance. Sin embargo, reconozco que la empresa me resulta difícil por varias razones. En primer lugar, porque he sido uno de los gestores de la obra y así me temo que me deje llevar por mi propia subjetividad y emocionalidad; quizás sería más útil solicitar ese balance a alguno de los profesores más jóvenes o incluso a algún profesor de Antropología de la universidad vecina de San Marcos. En segundo lugar, porque no he podido hacer un estudio profundo de lo que ha pasado con nuestros egresados y graduados, quienes, por otra parte, tampoco, han podido agruparse en el dos veces abortado colegio profesional de antropólogos del Perú. En tercer lugar, porque estos veinte años han sido muy críticos y complejos para la historia social del país y así no es fácil analizar el tipo de profesional exigido por el mercado de trabajo y la respuesta institucional que dio la Especialidad de Antropología de la Católica.

A pesar de estas dificultades, creo que el balance es posible. En cuanto al peligro de subjetividad, creo que los antropólogos, al utilizar la "observación participante" como técnica privilegiada para conocer la realidad, hemos defendido siempre que los hechos sociales pueden verse "desde dentro" y objetivamente. En cuanto al conocimiento sobre los egresados, dispongo de cierta información tomada de la reciente memoria de Bachiller de María Elena Goicochea (1) sobre el tema y, además, he seguido en contacto, más o me-

(1) "El antropólogo egresado de la Universidad Católica: diagnóstico y búsqueda de un perfil profesional", Lima, 1984, PUC, mimeo. Se refiere sólo a los años 1969-80.

(*) Ponencia presentada en Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en mayo de 1985, con motivo de la celebración de los 20 años de fundación de la Facultad.

nos personal, con muchos de los egresados. Y en cuanto a la relación tipo de profesional-respuesta institucional, ha sido una preocupación real de la especialidad, lo cual no quiere decir que ésta haya dado siempre la respuesta más adecuada, como se verá en el balance. Además, no puede olvidarse que, cuando los cambios en el mercado profesional se dan muy rápidamente, las universidades, que son instituciones académicas y sólo dan títulos por cierta delegación de los colegios profesionales, no pueden acomodarse a esos cambios. Con todo, éste es el punto más importante y así voy a analizarlo por separado antes de presentar el balance mismo. De modo que la exposición tendrá tres partes: el contexto social definido como el marco político, religioso y académico que ha condicionado el desarrollo de la antropología en la Católica (I), el balance de la formación (II) y el balance de la investigación (III).

I. *El contexto social*

1) Comenzando por el *contexto político*, cuando los primeros estudiantes de Antropología de la Católica inician sus clases, estaba en pleno apogeo el primer belandismo. Aunque el gobierno estaba perdiendo la capacidad de convocación de la primera hora, acababa de iniciar su "Proyecto de desarrollo e integración de la población indígena" (1966). Este proyecto, organizado bajo la mística de la "acción popular", que se decía heredera del antiguo Perú y propulsora del mestizaje de las tecnologías, estaba financiado con un préstamo de 20 millones de dólares del Banco Interamericano de Desarrollo para equipos y maquinarias y con otros 20 millones de dólares aportados por el gobierno peruano. O sea, unos 170 mil millones de soles actuales, lo que significaba el esfuerzo financiero indigenista más importante de nuestra historia republicana. Efectivamente, aunque en la década de los años 20 el indio peruano, tras el largo silencio del primer siglo de la república, vuelve a ser noticia y problema y así se escriben los ensayos políticos de Castro Pozo, Mariátegui y Valcárcel con planteamientos bastante radicales, sin embargo los programas indigenistas del gobierno fueron casi inexistentes. Los publicitados programas de Vicos (Ancash) y Puno-Tambopata fueron ejecutados por la Universidad de Cornell y por la Oficina Internacional del Trabajo, respectivamente, mientras que el organismo especializado del gobierno para asuntos indígenas, el Instituto Indigenista Peruano, se limitó a prestar su nombre y a realizar una actividad burocrática y de asesoría bien modestas. Por eso, el gran proyecto de desarrollo indígena de 1966 fue un estímulo para los centros de formación de antropólogos, que entonces eran únicamente las universidades de San Marcos y del Cuzco, y en ese clima nació nuestra Especialidad.

Pero, cuando egresa de la facultad nuestra primera promoción de antropólogos, ya el gobierno estaba en manos de los militares, quienes habían

iniciado una serie de reformas que eran un nuevo estímulo para las actividades de los antropólogos. Efectivamente, la reforma agraria, la reforma educativa y su consagración de la educación bilingüe, el estatuto de comunidades campesinas, la oficialización del quechua, la organización del Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS), la Ley de Comunidades Nativas y de Desarrollo Agropecuario de la Selva, etc. exigieron la asesoría, la tarea de investigación y el trabajo profesional de muchos antropólogos. Es cierto que el origen político de las reformas hizo que, para su implementación, el gobierno militar buscara a otros científicos sociales más familiarizados con los análisis políticos globales que los antropólogos. Y es cierto también que la creciente demanda de científicos sociales por la administración del régimen militar, los cuales ocuparon cargos que tradicionalmente habían estado en manos de abogados, hizo que se multiplicaran en las universidades las carreras de ciencias sociales y en particular la de antropología. En pocos años el número de facultades donde podía estudiarse antropología subió de tres a siete. Sin embargo, la mediocre formación antropológica recibida en la mayoría de esas facultades y el fracaso de muchos programas del régimen militar hizo que muchos antropólogos no encontraran puesto en el decreciente mercado de trabajo de la segunda fase del régimen militar.

Con el segundo belaudismo se despertaron nuevas esperanzas para los antropólogos. El restablecimiento de Cooperación Popular, la restauración del Instituto Indigenista Peruano, suprimido por Velasco con la misma lógica con la que había rebautizado el “día del indio” (24 de Junio) como “día del campesino”, y la aparición de programas de desarrollo en la Amazonía, que volvía a ser, gracias a la carretera marginal de la selva, la tierra prometida, hacía esperar que hubiera más trabajo para el creciente número de antropólogos. Sin embargo, la crisis del indigenismo integracionista que cuestionaba no sólo los métodos, sino la meta misma de integrar a los indios a la nacionalidad mestiza por considerarla una forma de etnocidio, la no planificada explosión demográfica de antropólogos y el impacto de la crisis económica del país que obligaba a dedicar los escasos recursos del presupuesto a las tareas más urgentes, hicieron que la demanda de antropólogos profesionales siguiera bajando. Es cierto que el terrorismo de Sendero Luminoso en Ayacucho y, sobre todo, la publicitada “masacre de Uchuraccai” con su Comisión Investigadora, de la que formaron parte varios conocidos antropólogos, hicieron tomar conciencia de la necesidad de profesionales que estudiaran la sociedad andina, que seguía siendo tercamente diferente, pero la complejidad del fenómeno del terrorismo y el peso de la crisis económica mantuvieron las cosas igual.

2) Si del contexto político pasamos al *contexto religioso*, éste se expresa sobre todo con los cambios ocurridos en la Iglesia Católica, que sigue

siendo la religión de la inmensa mayoría del país. La Iglesia que jugó un papel protagónico en la reflexión y promoción indigenista del período colonial, estuvo bastante ausente del indigenismo de los años 20 por la disminución de sus cuadros pastorales y por cierta desconfianza ante el signo ideológico de la nueva corriente indigenista. Pero, con la apertura del Concilio Vaticano II y de la Conferencia Episcopal de Medellín y con la ayuda generosa a la Iglesia Peruana, por parte de otras Iglesias, en clero y recursos pastorales para las regiones indígenas más abandonadas de la selva y de la sierra, que cristalizó en la formación de nuevos vicariatos y prelaturas, se inició una nueva época. Los obispos del Sur Andino establecieron el Instituto de Pastoral Andina (IPA) del Cuzco y los obispos de la selva el Centro Amazónico de Antropología (CAA) de Lima e Iquitos, pero se fundan también, al mismo tiempo, otros centros de investigación y promoción social vinculados a la Iglesia, como el CIPCA de Piura y el Centro de Estudios Rurales Bartolomé de las Casas del Cuzco. Todos estos centros desarrollan un importante trabajo de investigación y promoción sobre el mundo indígena y campesino, que exigirá la presencia de antropólogos.

Pero, si los cambios pastorales en la Iglesia van a aumentar la demanda de antropólogos para sus programas de investigación y promoción, también van a influir los cambios teológicos. La Conferencia de Medellín consagra el redescubrimiento de la religión popular y la Conferencia de Puebla, diez años después, completa el enfoque sociológico de la realidad latinoamericana más propio de Medellín con un enfoque más cultural. Estas dos nuevas orientaciones de la teología pastoral latinoamericana abren un campo de trabajo para los antropólogos y muchos de éstos, que debían antes buscar con dificultad un promotor de sus estudios etnográficos o etnohistóricos, encuentran ahora en los hombres de la Iglesia un interlocutor y un mercado de trabajo.

Sin embargo, los centros de investigación y promoción y los temas planteados por la Iglesia, no son el único estímulo para la antropología en el campo religioso. Los veinte años de nuestra historia comienzan con el predominio de la secularización, pero, en contra de las predicciones de ciertos científicos sociales, pronto la religión reapareció en el horizonte social con nuevos bríos. La acogida que las sectas orientales tienen en ciertos sectores de la clase media, el éxito de la religión popular emergente con cultos como el de Sarita Colonia, la recreación de la religión popular andina por los migrantes en el mundo urbano, la proliferación de diversas "sectas" evangélicas y pentecostales o el nacimiento de movimientos religiosos bastante autóctonos con fuerte sentido mesiánico como la "Secta Israel del nuevo pacto universal" o la "Iglesia Cruzada Católica, Apostólica y Evangélica" del Hno. Francisco de la Cruz en la Amazonía son fenómenos que interesan a los antropólogos por su contenido religioso y por su expresión de movilización popular.

3) Finalmente, en cuanto al *contexto académico* que ha condicionado el desarrollo de la antropología en nuestra Facultad, quiero limitarme a dos puntos, los enfoques teóricos predominantes en las Ciencias Sociales y las relaciones de la Antropología con las otras disciplinas sociales.

a) Sobre el *primer punto*, cuando nuestra Facultad inicia sus tareas, las Ciencias Sociales del país y del continente, debido en gran parte al influjo de la antropología cultural norteamericana, siguen privilegiando la teoría desarrollista y la concepción dual de la sociedad con un sector moderno y otro tradicional, que debe, para desarrollarse, aceptar la técnica y ciertos valores del mundo moderno a través de los métodos de la antropología aplicada. Este énfasis en el desarrollo era tan grande que se manifestaba aun en hechos como el siguiente, que presento como prueba de mi afirmación y como anécdota del tiempo fundacional. Cuando en nuestra Facultad se establece la antropología, se funda también una sub-especialidad de antropología física, de la que llegó a egresar una alumna. Dicha sub-especialidad, que se debía a la coyuntura de contar con un profesor visitante, el paleontólogo español Emiliano Aguirre, y a tener un convenio de cooperación con la Universidad Cayetano Heredia, se denominaba “Antropología Física para el Desarrollo”, aunque no era fácil explicar a los estudiantes el contenido de tal denominación. Tras la crisis del desarrollismo se impuso la teoría de la dominación y dependencia. Según esta teoría, la situación de las sociedades indígenas, que seguían siendo el centro de las preocupaciones de los antropólogos, no se debía tanto a su enclaustramiento en su propia cultura tradicional, como a los mecanismos de dominación política y económica de la sociedad nacional que impedía el desarrollo indígena. Tal énfasis del análisis en los datos estructurales sobre los culturales convertía a los indios andinos en campesinos. Siguiendo esta línea de análisis, algunos antropólogos comenzaron a utilizar la teoría marxista, que no había tenido mayor vinculación con la antropología (con la excepción de Morgan y varios neoevolucionistas), porque la antropología se había desarrollado sobre todo en el mundo anglosajón y porque Marx estudió la sociedad capitalista, mientras que los antropólogos estaban dedicados a estudiar las sociedades precapitalistas. En varias universidades nacionales este influjo de la teoría marxista fue tan grande que acabó excluyendo a otros enfoques más específicos de la antropología. Aunque en los trabajos de los estudiantes de esas universidades fuera frecuente encontrar una contradicción entre su marco teórico marxista y su etnografía y metodología bastante tradicional de corte funcionalista.

b) En cuanto al *segundo punto*, la relación de la antropología con las otras disciplinas sociales, la antropología inicialmente tenía asegurada su legitimidad por el peso de la población indígena en el país y se buscaba a los antropólogos para el estudio de comunidades y para programas de promo-

ción indígena. También se le reconocía un puesto en los estudios etnohistóricos, en diálogo con los historiadores del mundo prehispánico y colonial. Con la mayor articulación de la población indígena con la sociedad nacional tanto en las zonas rurales como en los pueblos jóvenes de las grandes ciudades, el antropólogo comenzó a incursionar en estudios y programas sobre campesinado, colonización y urbanización. Tal apertura coincide con la superación de la vieja dicotomía campo-ciudad entre antropólogos y sociólogos y con la implantación de los estudios interdisciplinarios, como resultado de la complejización de las disciplinas sociales.

Tal es, a grandes rasgos, el marco político religioso y académico, en el que nació y se ha desarrollado la antropología de la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad Católica.

II. *Balace de la formación*

Hacer un balance de la formación impartida en una disciplina universitaria exige tener en cuenta al grupo de profesores, al universo de los estudiantes y al perfil de la carrera. Ya en el cuidadoso informe del Decano hemos escuchado mucha información cuantitativa sobre profesores y estudiantes; sólo quiero añadir algunos rasgos más cualitativos que ayuden a entender la formación impartida.

a) *Los profesores*, si prescindimos de los profesores visitantes y de los jefes de práctica de los años de mayor expansión de la especialidad, han estado constituídos por un grupo bastante estable y homogéneo de docentes, que hicieron su post-grado sobre todo en Inglaterra y Estados Unidos y han seguido cultivando la orientación teórica recibida en su tarea docente, que dedican parte considerable de su tiempo a la investigación y publicación y que participan en diferentes asesorías sobre problemas nacionales desde la perspectiva antropológica, aunque no tengan trabajo profesional propiamente dicho.

b) Por su parte, *los alumnos* provienen en su gran mayoría de la clase media urbana (de lo que es un buen indicador el que de todos los egresados de la licenciatura, los que hablaban una lengua indígena se pueden contar con los dedos de una mano), tienen un nivel académico promedio bueno y están suficientemente motivados para consagrarse a una profesión que no ofrece mayores posibilidades económicas, aunque sea difícil (de acuerdo a la información que tengo) que se queden definitivamente a trabajar fuera de la capital. Todo esto ha contribuido a crear un cierto estereotipo sobre el egresado de la Católica: que tiene buena formación teórica y que puede hacer sin mayor dificultad investigaciones sobre el terreno, pero que tiene poca prepa-

ración para laborar en programas concretos y que no se queda a trabajar mucho tiempo fuera de Lima.

c) En cuanto al tercer punto, el *enfoque académico y perfil profesional* de la carrera, juzgo que ha sido bastante similar a lo largo de estos años, sobre todo a partir de un cambio significativo que se hizo al comienzo de la década de los 70, con la llegada de Fuenzalida, Ossio y Mayer. Aunque el núcleo más estable de profesores a tiempo completo, al planear la carrera de Antropología dentro de la Universidad, hemos querido responder a los estímulos de fuera analizados en el apartado anterior, lo hicimos desde nuestra experiencia fundamentalmente académica y hemos tenido (al menos ésta es mi experiencia personal) la sensación de ser desbordados por los cambios ocurridos en el mercado de trabajo. Y así algunos egresados, que comenzaron a trabajar apoyando a las empresas asociativas de la primera fase, están viendo ahora la liquidación de las mismas y aún la posibilidad de disolución de las viejas comunidades indígenas. Lo que actualmente pensamos la mayoría de ese núcleo más estable de profesores sobre el papel del antropólogo peruano se recoge bien en una encuesta que hicieron los alumnos de la especialidad para su revista *Ccantu* (N° 5, 1982). De acuerdo a las respuestas de los profesores, que son bastantes unánimes, la antropología peruana debe explicar la pluralidad cultural del país, por el estudio de casos sobre el terreno y por la formulación de teorías basadas en el método comparativo, y debe ayudar a formular, en diálogo con las otras ciencias sociales, un proyecto nacional, que integre a todos los grupos sociales sin dominación cultural, económica o política de unos sobre otros. A modo de ejemplo recojo parte de tres respuestas:

- a) "Para nosotros el rol fundamental de la antropología en el Perú es contribuir a sentar las bases de un fecundo diálogo entre los distintos componentes sociales que lo habitan. Nos mueve a decir esto el constatar que el Perú es un estado pluricultural, que consta de una variada gama de agrupaciones humanas con sistemas socio-culturales diferentes, pero que son negados por una sociedad dominante que pretende homogeneizar el país de acuerdo a normas que muchas veces no son compatibles con su realidad intrínseca.

Este rol supone a la vez dos propósitos. Por una parte, contribuir al conocimiento de esas agrupaciones humanas, tanto para enriquecer académicamente la disciplina que se está manejando como para alertar e iluminar a la sociedad dominante cuando actúa sobre aquellas con sus programas políticos. Y, por otro lado, generar la confianza necesaria y colaborar para que dichas agrupacio-

nes accedan a los recursos de la sociedad dominante sin poner en peligro su identidad cultural” (1982: 13).

- 2) “En el Perú nuestra cultura milenaria y la heterogeneidad ecológica y cultural configuran un contexto social sumamente variado, privilegiado en casos de interés para la antropología. A pesar de ello es también innegable que el antropólogo no puede renunciar a entender la suerte de los grupos tradicionales, que configuran hoy en día los sectores más deprimidos y pauperizados de nuestra población. El dilema tantas veces planteado de integración vs. dependencia cultural no puede dejar de reconocer el impacto de la expansión capitalista en las áreas más recónditas de nuestro país. Este proceso, sin embargo, no ha implicado la desaparición económica ni cultural de los grupos campesinos y nativos; por el contrario, se configura un proceso complejo de articulación y redefinición de formas de organización. . . En la tarea de desentrañar las características y alternativas de estos procesos sociales, la antropología como disciplina no puede prescindir de los aportes de las demás ciencias sociales” (1982: 15).
- 3) “El Perú es un país en formación donde convergen corrientes culturales que conservan tercamente su identidad. Por ejemplo, ‘lo andino’ reaparece de nuevo en la escena social después de cada cambio estructural. Así puede hablarse de una nueva ecología vertical en las comunidades andinas, que mantienen permanente contacto con sus miembros que han emigrado a los pueblos jóvenes de Lima o a las colonizaciones espontáneas de la ceja de selva. Por eso, el Perú necesita de profesionales que estudien y ofrezcan alternativas serias a la amplia gama de problemas culturales que se presentan en la política, en la economía, en el derecho, en la medicina y en la religión. Y esta necesidad sigue vigente, aunque la falta de mercado de trabajo seguro dificulte la formación de antropólogos con una verdadera dimensión profesional” (1982: 9).

Tras esta visión general de la meta de la formación de un antropólogo para el Perú, quiero ya analizar los medios utilizados en los cuatro ciclos que tenemos: el Bachillerato, la Licenciatura, el Diploma de Estudios Antropológicos (DEA) y el Magister:

- 1) *Bachillerato*.— Su carácter de grado académico está asegurado por un paquete de cursos teóricos, metodológicos y etnográficos. Entre los primeros hay que enumerar los tres cursos monográficos sobre Durkheim, Marx y Weber, los tres cursos de Historia del Pensamiento Antropológico con una breve presentación crítica del aporte de los principales representantes de cin-

co escuelas (el evolucionismo cultural, la antropología cultural norteamericana, la antropología social inglesa, la etnología francesa y el indigenismo de México y Perú) y los cuatro cursos de contenido comparado sobre Parentesco, Antropología Económica, Política y Simbólica. Entre los cursos metodológicos destacan los cursos de Metodología, Estadística Social, Métodos y Técnicas de Investigación Antropológica y Seminario I, en donde hay que hacer el proyecto de investigación para salir al campo y que puede convertirse en memoria para el Bachillerato. Entre los cursos de contenido más etnográfico están Etnografía Andina, Arqueología Andina, Etnología Amazónica, Antropología Urbana y Campesinado, que por el énfasis en los aspectos teóricos se convierten muchas veces, al menos los tres últimos citados, en cursos de contenido comparado. Para completar el número de créditos exigidos para el Bachillerato hay que añadir algunos cursos electivos de la especialidad y de otras áreas.

No es este el lugar adecuado para hacer un enjuiciamiento sobre la manera cómo se dictan los cursos, aunque en general es de buen nivel, como se desprende de las encuestas a los alumnos que aplica la Facultad hace ya varios semestres. Tampoco sobre la conveniencia de mantener intocado este núcleo obligatorio básico, pues ha habido cursos (como por ejemplo Arqueología) que han ido siendo electivos u obligatorios de acuerdo a las modas del momento o a la coyuntura de contar o no con un buen profesor. Tampoco voy a enjuiciar la secuencia concreta que siguen los estudiantes, que muchas veces es poco afortunada por falta de una adecuada asesoría y donde la culpa no recae siempre en los profesores. Sólo quiero subrayar como válido el énfasis fundamental sobre la formación teórica, que van a reconocer los egresados en la encuesta de Goicochea (1984). Pero desafortunadamente tal énfasis teórico ha invadido el campo de formación profesional, porque no ha habido una distinción real entre cursos para el bachillerato y la licenciatura, a pesar de que, por razones administrativas de vinculación con el magister, últimamente cuatro cursos han sido “destacados” a la licenciatura, sin razón válida en tres de los casos. Esto tiene que ver con el problema de la licenciatura y sobre él volveré enseguida. Un punto que quiero subrayar como discutible es el del campo metodológico. En los primeros años de la especialidad como consecuencia de la ayuda “holandesa”, que, como ocurre a veces con la ayuda extranjera, condicionó lo que se podía adquirir con el préstamo, se dió un énfasis excesivo a los análisis cuantitativos y a la metodología más sociológica, que es menos útil para la formación de los antropólogos que privilegamos los datos cualitativos. Pero creo que ahora nos hemos ido demasiado lejos, sobre todo teniendo en cuenta la escasa formación en matemática que traen los estudiantes de estudios generales letras. Más grave todavía me parece el traslado del Semestre de Trabajo de Campo a los créditos de Licenciatura, lo cual, aunque expresa la realidad de bastantes de nuestros egresados que

se dedican profesionalmente a investigar (1), supone que demos el Grado de Bachiller en Antropología a alguien que no ha tenido el "rito de pasaje" de la experiencia del campo; de todos modos, no hay que olvidar que el costo de vida creciente y la inseguridad de la guerrilla está empujando, cada vez más, a los antropólogos a hacer trabajo de campo en los pueblos jóvenes o en los archivos históricos. Finalmente, en este campo metodológico, una palabra sobre el quechua. Este curso también ha oscilado entre la electividad y la obligatoriedad según las modas y las coyunturas. Sus defensores sostienen que no se puede ser antropólogo en el Perú sin tener un conocimiento básico del "runasimi", mientras que los detractores afirman que un curso solo y aún dos son insuficientes, sobre todo cuando no se va hacer una investigación en una zona quechua. Personalmente me ubico en el primer grupo.

2) *Licenciatura*.— Como ya indiqué, por no haber diferencia entre los cursos de bachillerato y licenciatura, ésta ha resultado más que una forma de capacitación para el trabajo profesional, como debía ser por tratarse de un título, un nivel de conocimiento, convirtiéndose en la práctica en un grado académico intermedio entre el bachillerato y la maestría. Este problema nació con el primer Plan de Estudio de la Especialidad. No se resolvió con la reforma curricular del año 1970, que según el prospecto de 1973, define el ciclo de licencia como necesario para los alumnos que deseen "aplicar sus conocimientos de antropología a la investigación aplicada, asesoramiento e implementación en programas de desarrollo y reforma en el ámbito nacional, o a la acción directa" (1973: 52). Entonces se crearon cuatro áreas de especialización que debían desarrollarse paulatinamente: Antropología Cognitiva, Antropología de la Población y Ecología, Antropología del Desarrollo y Antropología de la Educación, pero no llegaron nunca a implementarse. En 1975, en una nueva reorganización, se crearon tres áreas de especialización geográfica por medio de seminarios alternativo-obligatorios: Selva I y II, Agrario I y II, y Urbano I y II, que debieron años después reducirse a los actuales seminarios, de preparación de la investigación el I, y de análisis de los datos recogidos en el campo el II, porque se redujo el número de alumnos de la Especialidad y porque de todos modos la zona geográfica no da base para un seminario con problemas y teorías diferentes en los participantes, aunque *la solución actual* no resuelva este problema sino que lo agrava.

Las razones que explican esta ausencia de una verdadera licenciatura en antropología son múltiples. En mi opinión, las más significativas son la falta de un mercado de trabajo que exija un antropólogo con perfil profesional definido, la falta de experiencia profesional de los profesores de la espe-

(1) En la encuesta de Goicochea, el 47o/o de los egresados entre 1969-76 y el 59o/o de los egresados entre 77-80 se dedicaban a la investigación (1984: 32 y 34).

cialidad, el peligro de alargar la carrera con nuevos cursos profesionales y el poco interés mostrado hasta ahora por los egresados para sacar el título (sólo hay 24 antropólogos frente a 76 bachilleres en una población de unos 150 egresados). No hay duda que las tres últimas razones son fáciles de rebatir. Por eso, creo que la razón de fondo es la primera, que no parece que cambiará en el mediano plazo. Por eso, la Especialidad sigue adelante, sabiendo que sus egresados, aunque no tienen mayor orientación profesional (el curso de Antropología Aplicada que con diferentes nombres ha soportado todos los cambios de planes de estudio, ciertos cursos electivos y ciertas aplicaciones concretas de los cursos teóricos), tienen una base teórica y metodológica suficiente, que les permita abrirse un puesto en el mercado de trabajo y profesionalizarse sobre el terreno (1), si es que no se dedican a la docencia o a la investigación como ocurre con muchos de ellos. Es cierto que para encontrar trabajo les ayuda la posición estructural que en el país tienen los egresados de la Católica y la poca competencia que le hacen muchos egresados de otras universidades.

3) *Diploma de Estudios Antropológicos (D.E.A.)*.— Este Diploma nació en 1974 y es un proyecto de Luis Millones, que yo apoyé como Director Universitario de Proyección Social y del que soy coordinador desde casi el comienzo. El DEA se basa en dos supuestos: es más importante difundir la antropología que producir más antropólogos, y es más importante traer a las aulas universitarias a profesionales que tienen un papel significativo en el mundo sub-urbano, campesino e indígena (como médicos, sacerdotes, profesores o ingenieros) que llevar a esas zonas nuestros estudiantes y aun profesores como pasajeros agentes de cambio. Naturalmente esto no niega que sea también importante que los profesores y estudiantes vayan al campo no sólo para la investigación, sino para hacer esa proyección social pasajera. Los supuestos aducidos son la razón de ser del DEA y, por eso, al principio se consiguió apoyo financiero de la Ford para becas y actualmente la Universidad otorga al menos becas de estudios. Pero dicho ciclo vino a cumplir otras funciones. Así se convirtió en una preparación para la maestría, sobre todo para los candidatos de las universidades de provincia, y dentro de la especialidad actuó como un mecanismo regulador de la demanda de los cursos, cuando el número de candidatos que venían de estudios generales había bajado peligrosamente. Tal aporte del DEA no sólo permitió estabilizar los cursos de la Especialidad, sino que las clases ganaron en interés por el peso de la experiencia profesional y el gran interés de muchos alumnos del DEA. Los resultados del Diploma han sido buenos por el número de egresados y ese éxito ha

(1) Goicochea llega a la misma conclusión: "Concluimos que no hay un perfil profesional definido, que más bien hay siluetas que toman forma según las condiciones del momento y que, en mayor o menor medida, influyen en las orientaciones que el antropólogo decidió adquirir para insertarse en el mercado de trabajo" (1984: 61).

contribuido al hacinamiento del DES y DEP.

4) *Maestría*.— Aunque este ciclo dependa administrativamente de la Escuela de Graduados, funciona como parte del quehacer antropológico que desarrollan los profesores de nuestra especialidad. La maestría se inició en 1972 y ha tenido ingreso cada dos años, aunque acaba de aprobarse el ingreso anual. Como es el único ciclo de maestría de la América del Sur hispanohablante, ha recibido alumnos de Argentina, Bolivia, Chile y Ecuador, aunque naturalmente la mayoría de los alumnos han sido peruanos y entre ellos ha habido un buen número procedente de las universidades de provincia. Así se ha logrado una de nuestras metas que es fortalecer el desarrollo de la antropología en dichas universidades y actualmente nuestros egresados trabajan en las Universidades de Arequipa, Cajamarca, Cusco, Guamanga y Puno. El plan de estudios de la maestría, que está abierta a bachilleres de antropología y de otras especialidades afines, exige en la actualidad dos semestres académicos con seminarios en una de cuatro subespecialidades (estructura social, estructuras económicas, simbolismo y religión), un semestre de trabajo de campo y un cuarto semestre con cursos tomados del ciclo de licenciatura. Como el apoyo económico para becas que se recibió de varias instituciones extranjeras (la Fundación Ford, el Population Council, CLACSO, la Fundación Rockefeller, la Organización de Estados Americanos y la Inter-American Foundation) ya se ha terminado, la Universidad aplica también la escala de pensiones para facilitar la continuidad de un ciclo, por el que han pasado unos 85 estudiantes y donde se han graduado 17.

III. *Balance de la Investigación*

Cuando se echa una mirada hacia el campo de la investigación en nuestra especialidad en estos casi cuatro lustros, hay que concluir que el balance es bueno. Los aspectos más positivos del mismo son:

1) *La institucionalización de la investigación*. Los comienzos no fueron fáciles y al principio todo se reducía a los proyectos personales de los profesores que traían a la Universidad sus investigaciones, que servían para el entrenamiento de los estudiantes. Tal es el caso de la investigación de Mario Vásquez sobre diagnóstico de las comunidades indígenas para el gobierno y la mía sobre la religión andina en Urcos para el Instituto de Pastoral Andina. Con la nueva ley universitaria y su reglamentación aparecieron los planes de trabajo de los profesores TC y así la consagración de las horas dedicadas a la investigación. Esto en varios departamentos de la Universidad, que eran la instancia responsable de la investigación para la ley, no pasó de un formalismo burocrático sin trascendencia, pero en el Departamento de Ciencias Sociales, comenzó a extenderse una fiebre de investigar, que naturalmente re-

percutía en la docencia y en la formación profesional de los alumnos, y que fue posible por la generosa ayuda de las Fundaciones que apoyaron todo el desarrollo de las Ciencias Sociales en la Universidad. Tal ayuda permitió que se hicieran investigaciones en equipo, que hubiera concursos de investigación internos para los profesores del Departamento y que se concedieran semestres sabáticos antes que la Universidad y la nueva ley universitaria consagrasen este derecho de los profesores. Aunque es probable que la especialidad no haya explotado al máximo la ayuda para investigación de la década del 70, no hay duda que se institucionalizó la investigación como estilo de trabajo.

2) En cuanto a *los temas de investigación*, estos han estado ligados a los intereses de los profesores, que con frecuencia se habían despertado en las respectivas tesis de postgrado. Así el estudio de los mitos (Ortiz), de la migración andina a Lima (Altamirano y Osterling), de la estructura social andina (Ossio) y del indigenismo en mi caso, seguían una línea de trabajo iniciada en nuestros años de postgrado. Pero naturalmente no son estos los únicos temas de investigación que interesan a los profesores de nuestra especialidad y sus intereses se han ido diversificándose en función de las necesidades y de las oportunidades. En la actualidad los principales temas de investigación de los profesores de la especialidad son migración, religión andina y popular, tradición oral, etnohistoria andina y colonial, colonización de la selva, demografía, estructural social, programas de desarrollo campesino, ecología, etc. etc.

3) Uno de los frutos mayores de la investigación en la especialidad es *la repercusión en la formación* de los estudiantes. Esto que es válido sobre todo para el postgrado, donde los alumnos con frecuencia han colaborado en investigaciones de sus profesores, lo es también en menor escala en el pregrado, aunque acá la supresión de los canales en los seminarios, por la reducción del número de alumnos, haya hecho más difícil tal aprendizaje.

4) Otro de los frutos son *las publicaciones*. En estos años la especialidad ha editado muchas publicaciones previas a mimeógrafo, pero voy a limitarme a los 11 libros impresos. Hubo un primer momento en que se editaron trabajos de Luis Millones, *Minorías étnicas en el Perú*, 1973, y Enrique Mayer et. al *Los Campesinos y el mercado*, 1974, y traducciones de Víctor W. Turner, *Simbolismo y Ritual*, 1973, y Clifford Geertz, *Visión del Mundo y Análisis de los Símbolos Sagrados*, 1973. Luego, después de organizado el Fondo Editorial de la Universidad se publicaron trabajos de Bolton y Mayer, edit. *Parentesco y matrimonio en los Andes*, 1980, de Alejandro Ortiz, *Huarochirí, 400 años después*, 1980, de Jorge P. Osterling, *De Campesinos a Profesionales*, 1980, de Teófilo Altamirano, *Presencia Andina en Lima Me-*

tropolitana, y mis propias obras, *Estudios de Religión Campesina*, 1977, *Historia de la Antropología Indigenista, México y Perú*, 1981. y *La Transformación Religiosa Peruana*, 1983. De todas estas obras 7 ya se han agotado y de una se está preparando la segunda edición. Pero habría que completar esta lista con los libros publicados por nuestros profesores fuera de la Universidad. En cuanto a la revista de la Especialidad, acaba de salir el 5º número con el nuevo nombre de *Anthropologica*, en donde aparecen artículos de nuestros profesores y de otros antropólogos de prestigio, pero también los mejores trabajos de nuestros alumnos del ciclo de Maestría.

5) El último punto positivo que quiero señalar es la colaboración de nuestros profesores en *otros centros de investigación*, y el trabajo de que han proliferado tanto en el tiempo que reseñamos, y el trabajo de *asesoría* en diferentes programas del gobierno. Tal colaboración se ha debido a diferentes razones, pero se ha acentuado cuando los fondos conseguidos para la investigación por el Departamento comenzaron a faltar. Así, profesores nuestros colaboran con el CAAAP, Consejo Nacional de Población, CRECE, sin contar el Instituto Indigenista Interamericano de México donde los dos profesores nuestros han sido sucesivamente Jefes del Departamento de Investigaciones y editores de *América Indígena*. La labor de asesoría, que se hace por algunos de nuestros profesores a título personal, ha significado un aporte de nuestra especialidad para la buena marcha u organización de programas estatales que tienen repercusión en la vida de nuestras poblaciones indígenas o campesinas.

Quizás esta visión pueda parecer excesivamente optimista. No faltan limitaciones en cada uno de los puntos señalados como positivos. Y la mayor dificultad está en la escasa capacidad de los profesores para trabajar como equipo y en diálogo crítico interpersonal. El nuevo proyecto de investigación sobre pobreza urbana, que está a punto de aprobar la Fundación Ford y que se hará en colaboración con sociólogos y economistas de nuestra Facultad, puede ser un reto interesante para nosotros. Pero queda mucho por hacer, y para varios parece que la Universidad ha dejado de ser el centro de su vida profesional.

Y ya debo poner punto final a este balance. Hacer una síntesis de lo que somos parece algo fácil por evidente, pero puede ser que no lo sea tanto. Y, por eso, es necesario volcar sobre la mesa el costal de los viejos problemas cotidianos de nuestra Especialidad en esta ocasión festiva de los 20 años —siempre la fiesta es decir un sí a la vida—, para animarnos a darles la mejor solución. Eso repercutirá en bien de la Universidad, de nuestros estudiantes y también de ese mundo diferente y explotado, sobre el que reflexionamos y por el que debemos trabajar los antropólogos.

Manuel Marzal F.